

Las FABULOSAS AVENTURAS de

# **KISO MARAVILLAS**

## **LIBRO I: La Profecía de Gaia**

Por Isabel de Navasqüés y de Urquijo

Yo soy Kiso Maravillas, hija de Áralar Maravillas Blanca y de Kata Bel-Escalofrío, nieta de Árbol Maravillas y Cian Blanca. Nacida en el Planeta Aqua, perteneciente al 7º Sistema Solar de la Galaxia Nívea, Universo de Once Dimensiones. De acuerdo con su cronología, me encuentro en el año 44 D.P. (después de la Profecía). Lo que relato a continuación es la historia de mi planeta. La historia de mi linaje.

*“Juro solemnemente que lo cuento como me lo contaron”*

*Máxima Universal de los Cronistas*

# Capítulo I

## TERRA y AQUA

En una Galaxia muy lejana, dentro de un sistema solar formado por nueve planetas, existe uno con vida abundante, azul como su cielo, donde las especies se entremezclaron en el devenir de sucesos del todo imprevisibles, irrepetibles y del mismo modo extraordinarios.

Aqua era el mundo azul. El más azul de todos los planetas azules. No había tierra en él. Hubo un tiempo en que existió la arena fértil surcada por miles de grandes ríos, donde moraban inmensos árboles y multitud de especies. Entonces era conocida como Terra. Un día, sin saber por qué, los ríos comenzaron a crecer y a crecer y a crecer y la tierra empezó a disminuir, a disminuir y a disminuir.

Y Terra pasó a llamarse Aqua.

Tardó muchos años en desaparecer toda. Años en los que los habitantes de Terra se vieron forzados a separarse de la naturaleza de su especie. Tuvieron que aprender a vivir familiarizados con el agua. Primero en marismas, pantanos y manglares, y cuando no quedó otro remedio, construyeron enormes plataformas flotantes que pasaron a figurar como los nuevos estados y ciudades.

Durante un tiempo, algunas especies de árboles crecieron por encima del nivel de las aguas y continuaron tranquilos su existencia. Hasta que fueron arrasados y se volvieron estériles. Todos los animales terrestres aprendieron a

nadar, más tarde, a respirar bajo el agua y de esta forma dio comienzo una Nueva Era donde el azul ya no era aire sino agua. Los pájaros se mantuvieron entre los dos mundos hasta que abandonaron la superficie poco a poco. Aquellos conocidos como humanos, ese es otro cantar.

La mayor parte de los adultos de esta clase vivían embebidos en el miedo. Tenían miedo de ahogarse, de los individuos que se ocultaban en las aguas y de todo lo que bajo ellas podía suceder. Los humanos más valientes organizaron expediciones submarinas, pero muy pocos volvían a las plataformas a contar sus aventuras y así se extendió la opinión de que el agua ocultaba peligros inimaginables. La idea de que era más seguro mantenerse en la superficie que investigar en los fondos se solidificó con el tiempo en el carácter de los habitantes de las plataformas y de esta forma, la raza humana quedó auto-confinada, atrapada por voluntad propia en jaulas de hormigón flotante.

La nueva suerte a la que la humanidad se veía condenada resultaba incomprensible para algunos. No entendían por qué la naturaleza de Terra había dado este brusco giro e intentaron descifrar alguna explicación.

Estudiaron, compararon y experimentaron a conciencia esta realidad y, en la medida de lo posible, tantearon las otras. Persiguiendo intuiciones, introspecciones, meditaciones e inspiraciones consiguieron vislumbrar una explicación proveniente de otros mundos y de otros tiempos, aunque de manera incompleta. Todos sabemos que cualquier teoría científica que tarde

en demostrar el rigor de sus cimientos, rápida, se convierte en creencia, fe o religión.

Ese conjunto de teorías que los sabios y los pensadores habían extraído del saber abstracto fueron conocidos como *La Profecía* y la Profecía rezaba así:

*La tierra*

*La vida*

*El agua*

*Volverán a su lugar*

Una base sólida sobre la que elevar una teoría razonable y razonada. Probablemente, con un poco de tiempo, elaboración e Inspiración, podrían haber vislumbrado el remedio de la terrible e incómoda situación en la que todos se encontraban. Sin embargo, los sabios y los pensadores se derritieron ante el poderoso y obtuso órgano colegiado que regulaba la nueva forma de vida. Gracias a la manipulación y al maquillaje, las Altas Esferas anularon la voz de los sabios y los pensadores y transformaron la Profecía en meras *charlas de vieja*.

\*\*\*\*\*

La Gran Nave fue la primera de las siete plataformas que se hizo a la mar. El descomunal pontón, como las otras seis, acabaría convirtiéndose en una isla artificial y llegaría a ser una de las más grandes y populosas. Habitantes de todos los continentes se habían dado cita ahí antes de que toda la tierra desapareciera. Multitud de buques y barcos navegaban entre estas

flotantes ilusiones comerciando y transportando todo tipo de enseres y personas.

Los seres humanos comenzaron sus vidas de nuevo. Algunos, reactivaron lo que ya conocían y construyeron una réplica todavía más imperfecta del modelo social y vital anterior. Continuaron las mismas cosas estúpidas. Trazaban líneas en el suelo que luego convertían en calles, levantaban edificios de viviendas, ministerios, oficinas. Esperaban tranquilos a que volviese la normalidad por ciencia infusa. Estos fueron conocidos como los *adaptados* pero hubo otros que nunca se integraron. Deambulaban encorvados por el peso de su tristeza, mirando al suelo, llorando, suspirando y poco a poco fueron cayendo en la depresión o en la locura más absoluta.

Qué curioso que el resto de las especies del planeta no presentaron muchos problemas a la hora de amoldarse a la nueva forma de vida. Qué significativo.

Para satisfacer las necesidades básicas de las Plataformas, es decir, para obtener alimento, miraron a su alrededor y ¿qué es lo que vieron? El mar.

Se desarrolló un sistema de cubos y larguísimas poleas por el que extraían tierra de los fondos, tierra que serviría para cultivar pequeños huertos en las nuevas ciudades. El resto de alimentos los pescaban. Literalmente. Se concibieron múltiples inventos, algunos de los cuales resultaron altamente productivos y tanto más dañinos. De lo que todavía no se percataban estos ingeniosos inventores era de la ley universal que reza: Toda acción produce una reacción. El efecto bumerán.

Pescaban con cañas, redes, tridentes, con minas explosivas y con cualquier combinación de todos ellos. Una de las invenciones de las que se sentían particularmente orgullosos, por su alta productividad, era un complejo y destructivo sistema de redes trenzadas con anzuelos y arpones envenenados bautizado como *La Mano*. *La Mano* arrasaba y aniquilaba todo lo que se le ponía delante sin importar que fuese animal, vegetal u objeto inanimado. Sin distinción alguna: familias enteras de salmones, conjuntos de rocas, bandas de aves ya submarinas. Todo lo que caía en los aparejos, lo que sucumbía ante las minas era recogido y alzado a las plataformas para su posterior examen y empleo.

Cuando los antiguos animales terrestres comenzaron a ser pescados en el mar, algunos plataformianos desarrollaron un rechazo inexplicable e irracional a ingerirlos, estos pocos fueron conocidos como *Los Blandos*. A pesar de este repelús o precisamente debido a él, nació una nueva tendencia morbosa. Los animales eran abducidos de su entorno no ya para servir como alimento, sino que por si acaso. Por si acaso encontraban potenciales utilidades eran extraídos, diseccionados, estudiados. Sin tener en cuenta si estaban vivos o muertos, se les arrancaba la piel, se les extraían los huesos para emplearlos de mil distintas maneras. Lo que sobraba de sus estudios se metía en una enorme olla y se agregaba a un caldo infinito que siempre cocía en los fuegos de cocina. Casi todos *Los Blandos* se alimentaban de este caldo sumidos en una voluntaria ignorancia ¿Los desperdicios? Se lanzaban por la

borda con toda tranquilidad, dejando tras de sí un rastro pestilente de muerte y destrucción.

No se conoce el motivo exacto pero, día a día, la naturaleza humana se había vuelto viciosa, oscura, violenta. Causaba avería, perjuicio, menoscabo, dolor y molestia a todo lo que se encontrara cerca. Las inundaciones sólo agudizaron este hecho.

Mientras pudieron, los barcos recorrieron los bosques de árboles y abastecieron a las plataformas con sus frutos, semillas, follajes y maderas. Lo que también un día llegó a su fin: los árboles se ahogaron, convirtiéndose en gigantes de madera anegada, incapaces de seguir viviendo. De todos modos, aun así, los humanos continuaron fingiendo que nada pasaba.

Hubo algunos que no lograron hacerlo.

\*\*\*\*\*

Barba Gris era un señor muy mayor, el anciano más anciano que nadie jamás había conocido. En los tiempos de la tierra era una eminencia en el pensamiento humano, reconocido a nivel planetario. Cuando los humanos comenzaron a perder su bondad y surgieron los asaltos, los abusos y los asesinatos, Barba Gris horrorizado ante el virus que contagiaba a las personas, decidió alejarse lo más posible de semejante vileza, embarcarse y abandonar a la decadencia un mundo condenado al colapso.

Al comenzar de nuevo la organización de la vida en las Naves y Plataformas, Barba Gris participó con entusiasmo y esperanza en la construcción de un nuevo orden social. Pronto advirtió que, de nuevo, la

codicia y el ensañamiento se apoderaba de sus congéneres. Leía la voracidad en sus ojos y olía la sangre en sus manos y aliento. La devastación de los océanos daba su comienzo, del mismo modo que se había devorado la tierra, se fagocitaba el mar. Las muertes inútiles de los miles de seres que se izaban a bordo recordaban al sabio por qué se había embarcado, por qué había decidido aislarse de los que una vez habían formado parte de su misma especie.

El viejo y corpulento sabio se había quedado sin un pelo en la cabeza de tanto pensar. Escuchaba y sopesaba las teorías de la Profecía pero no le resultaban del todo convincentes. Le faltaba una pieza clave que la completase, un razonamiento que sirviese de catalizador para que esas ideas dispares, aglutinasen un concepto sólido. La Profecía. Él tampoco había sido capaz de concebirla, ni de idearla, ni tan siquiera de razonarla. Su motivación se encontraba distante. La última tendencia de la naturaleza humana lo mantenía insomne por las noches y sonámbulo durante los días. En realidad, él no quería, no podía continuar entre estas gentes por más tiempo, no encontraba dentro de sí la energía suficiente para investigar el campo de la Profecía. Sentía con agudo dolor en lo más profundo de su corazón que esta civilización no era digna de una Profecía que la salvase, esta cultura de la que él formaba parte, merecía desaparecer. En silencio, giró su mirada hacia otro lado y volcó el increíble poder de su inteligencia en un objetivo distinto.

“Cuando la naturaleza cierra una puerta, siempre abre una ventana”, cavilaba en sus infinitos paseos por la borda.

Igual que hacía en los tiempos de tierra cuando necesitaba una respuesta, se levantaba por las mañanas temprano y se sentaba siempre en el mismo lugar, a la misma hora, a la espera de Inspiración, a que pasase a su vera a susurrarle al oído respuestas. Ella nunca le había fallado. Sabía que ahora, cuando más la necesitaba, no lo abandonaría.

En las Altas Esferas consideraban que Barba Gris se había vuelto loco, que había perdido la cordura. De sol a sol, en el suelo sentado, mirando hacia el océano, aguardando una respuesta del más allá.

–El agua volverá a su lugar, Gris, desaparecerá de la misma forma en que ha llegado–, no se cansaban de repetirle y continuaban con sus rutinas de manera *normal* esperando el milagro.

Barba Gris sabía que no, que no ocurriría de manera espontánea. A la llamada Profecía le faltaba una vuelta de tuerca y algo le decía que ninguno de los que habitaban en este mundo flotante iba a ser capaz de dar con la pieza que faltaba.

La paciencia es la madre de la ciencia.

El Universo es movimiento.

Todo llega a su lugar. Gris sabía esto mejor que nadie.

Una buena mañana de primavera los frutos de su perseverancia dieron resultados. Inspiración susurró en su cerebro la solución que tanto tiempo llevaba esperando:

“Siempre lo supiste, viejo. Te doy la razón. La verdad está bajo las aguas. Salta y confía”.

Barba Gris no tenía más tiempo que perder; se levantó de su esquina, se detuvo en los ojos de los más pequeños que a diario lo observaban y confió.

Sus últimas y secas palabras pasaron a la historia, como la divagación de un chalado para algunos. Los que quisieron comprender vieron la luz al final de tanta oscuridad. Sobre todo uno.

–Niños, no tengáis miedo. Nunca tengáis miedo. Vosotros sois el futuro–; tras estas palabras, se zambulló con gran ímpetu desde La Gran Nave al mar.

Uno de los pequeños que presenciaba la escena se quedó paralizado y con los ojos muy abiertos; algo en su cerebro había hecho *clic*. A partir de este momento su vida ya no volvería a ser la de antes. Árbol Maravillas, pelirrojo y juguetón, tenía ocho años y se pasó doce más pensando en lo que aquella mañana había presenciado.

\*\*\*\*\*

Árbol era huérfano de padre y madre. Sólo tenía a su abuelo en el mundo. Pero esto no había sido siempre así.

El primer gran río en rebasar su caudal fue el río Lino, el más extenso del continente. Se desbordó y arrasó las múltiples ciudades erigidas en su vera. Muchos murieron y otros tantos quedaron sin hogar. En estos primeros tiempos, sólo parecían a salvo las casas situadas en las montañas. Pero era sólo eso, una apariencia.

No tardaron en organizarse grupos de gentes desorientadas y sin escrúpulos que idearon maneras de aprovecharse de la desolación de los demás. A bordo de pequeñas barcas de pesca se acercaban a las ruinas inundadas y rapiñaban todo lo que parecía de alguna utilidad. Cuando no quedaron más que maderos mojados y no hubo nada más que vampirizar, nuevas y perversas ocurrencias afloraron en sus mentes y volvieron sus ojos hacia el único lugar a donde mirar. Las montañas.

En ese mismo momento, Árbol era un niño feliz de cinco años ajeno a todo el horror que las inundaciones estaban causando. Vivía en una granja de café en las montañas con su padre, su madre y su abuelo. Monte, Selva y Campo Maravillas.

Árbol quería muchísimo a sus padres y adoraba a su abuelo. Lo que más le gustaba en el mundo era acompañar todas las mañanas al abuelo Campo a visitar las plantaciones y, mientras paseaban, escuchar las viejas historias de su familia. Árbol esperaba impaciente la llegada de su nuevo hermanito y deseaba con todo el corazón que, esta vez, su madre no sufriera ningún contratiempo durante su embarazo. Cada vez debía quedar menos para el esperado momento pues la tripa de Selva parecía que iba a explotar. Él sólo pensaba que por fin tendría alguien de su tamaño con quien poder jugar.

Una calurosa mañana tras *El desastre de El Lino*, como se conoció el suceso, Campo y Árbol fueron a dar su acostumbrado garbeo por las plantaciones. Selva organizaba unas cajas de ayuda para los damnificados por

la catástrofe y Monte se ocupaba del huerto. A pesar de la tragedia general, la vida de los Maravillas transcurría con tranquilidad en la finca de café de la montaña.

Por todos es sabido que nada dura para siempre, sobre todo la felicidad.

Como perros hambrientos, cuatro individuos de manos, dientes y conciencias sucias y oscuras irrumpieron en la granja.

Su primera medida sería la de considerar el grado de habitabilidad de la construcción; la segunda, la de resistencia de sus habitantes.

Se distribuyeron como tentáculos de pulpo alrededor de la presa a devorar. Uno y Dos entraron por delante. Por si las moscas, Tres y Cuatro esperarían en la parte de atrás.

Cuando Uno y Dos dieron una patada en la puerta para abrirse camino, Selva supo que esta no era una visita de cortesía sino, más bien, todo lo contrario. Soltó los jerséis viejos de Árbol que tenía en la mano e intentó correr hacia la puerta de atrás para avisar a su marido en el huerto. Antes de poder alcanzarla, Tres y Cuatro, entraron sonrientes con un mazo en la mano, frenando su huida a la altura del aparador de la vajilla.

–Es mejor para todos que te portes bien, belleza...–, le susurró Uno en tono amenazante mientras sus otros secuaces se reían y rascaban la entrepierna. Selva conocía el modus operandi de este tipo de cuadrillas y la fragilidad de sus embarazos y no lo pudo evitar. La tensión le rasgó el vientre y sintió cómo un reguero de sangre le recorría el interior de los muslos. Estaba abortando. En circunstancias normales podría haber intentado un parto, dado

el avanzado estado de gestación, pero era demasiado tarde para los dos. Ella y su bebé no tenían escapatoria pero el pequeño Árbol podría salvarse si ella entretenía a los malhechores.

Asustada, pero con la cabeza bien fría, se mordió el interior del labio con fuerza. Probó el sabor de su propia sangre y, con toda la velocidad y la potencia que le dio su corazón, agarró un plato sopero y lo voló hacia la cabeza de Uno ¡Plas! El *frisbee* de porcelana se estampó contra la cara del malvado, abriéndole con el canto una brecha en la frente y la cara sangra mucho.

–¡Maldita gorda campesina!, ¡cogedla! –chillaba Uno.

Dos, que no era muy avisado, paralizado contemplaba con el labio colgante el increíble espectáculo. Tres y Cuatro intentaron acercarse a ella, pero Selva emulaba un molino de viento, sus brazos cual aspas en medio de un vendaval, lanzaba todo tipo de vajilla y menaje. Era imposible fallar. Les atizó con un par de tazas de café voladoras, una fuente soperas, una jarra, algunas copas de vino y un puñado de cubiertos, pero no fue capaz de calcular que Uno y Dos ya se habían recuperado del shock y se aproximaban por su espalda.

–Conque nos has salido rebeldona, ¿eh?, pues toma, toma, toma... – rebuznaba Uno mientras la pateaba cual mulo por todo el cuerpo.

Selva cayó derrengada. En el suelo se formó rápidamente un charco de sangre. No hacía falta ni atarla, tras la paliza y la tensión se desangraba cual triste río. Los malignos maleantes no tuvieron que pensar mucho para

comprender que ante el estruendo ocasionado alguien acudiría a ver qué había ocurrido. Escondidos tras la puerta esperaron más bien poco.

Efectivamente, Monte había escuchado los gritos y golpes procedentes del interior y se apresuraba a zancadas hacia la casa, por desgracia para los Maravillas, el huerto se encontraba más lejos de lo que nunca creyeron. Craso error el de Monte al entrar cual tormenta desbocada en la casa, más le hubiera valido el sigilo de un lagarto. Dos y Tres le aguardaban cuchillo en mano en el umbral de la puerta de atrás y, nada más atravesarlo, fue degollado con la rapidez del rayo ante los ojos casi vacíos de su mujer. No había esperanza.

Pero algo de vida y de rabia todavía latía por sus venas.

–¡Nooooooooo! –balbuceó enfurecida y una potencia sobrenatural inundó su diminuto cuerpo; arrastrándose por el suelo llegó hasta un cuchillo de trinchar, pero Uno y Cuatro la observaban tranquilos desde la distancia. Despacito y sonriendo, se acercaron a ella, Uno con un hacha en la mano y, sin dudarle dos veces, se la clavó en la cabeza terminando con su vida en ese mismo instante.

Ese fue el preciso momento en que un fogonazo aterrizó sobre la espina dorsal del abuelo Campo, de ahí saltó a la del niño Árbol y ambos supieron que una catástrofe irreversible se introducía en sus almas. Se miraron a los ojos, volvieron sus cabezas hacia la granja y desde la distancia observaron cómo cuatro forajidos arrastraban de la casa dos bultos inertes. Ardía una hoguera.

Campo Maravillas era un ser adulto e inteligente y comprendió que no tenía sentido volver hacia allá. Agarró la mano de su nieto con fuerza y, tras suspirar profundamente, fue capaz de formular la frase más dura de toda su vida:

–Pequeño, no te preocupes, papá y mamá han emprendido un largo viaje. Hasta dentro de un buen tiempo no volveremos a verlos. Mientras tanto, me han dicho que yo me ocupe de ti ¿Te acuerdas de las historias de los grandes barcos que nos habían contado? Pues nos vamos a ir a vivir a uno de ellos –. Una lágrima le recorría la mejilla derecha, otra le desbordaba el corazón.

–¿Y papá y mamá nos estarán allí esperando, abuelo?, –replicó Árbol tranquilo pero con los ojos inundados de gruesas lágrimas.

–No, hijo, no –suspiró Campo–, a papá y a mamá ya no volveremos a verlos en esta vida–. El abuelo no sabía muy bien cómo explicarle a un niño de cinco años la muerte del cuerpo, –¿te acuerdas cuando te conté que la abuelita atravesó la Laguna y que una vez que se cruza no se puede volver hacia atrás?

El pequeño asentía mudo de pena. El mayor proseguía locuaz de dolor.

–Todos los de este mundo la visitaremos en un momento u otro. Hoy les ha tocado a tus padres. Ahora estamos juntos tú y yo y no tienes de qué preocuparte porque nuestra hora todavía no ha llegado.

Juntos de la mano, arrancaban sus pasos del suelo, dejando tras de sí un río de lágrimas. Su destino, el Puerto de Plata, desde donde se decía que partiría una Gran Nave hacia un nuevo horizonte.

\*\*\*\*\*

Campo y Árbol formaron parte del primer gran grupo de personas que emigró a la descomunal nave. Desde el incidente de la granja, Árbol desarrolló un profundo sentimiento de desconfianza hacia los seres humanos. Este recelo invernando en su pecho, rezumaba un dolor crudo que empapaba sus entrañas y, sólo por las noches, cuando nadie lo veía, ni tan siquiera su abuelo, escapaba a modo de agua salada por su lagrimal.

Pasaron los años y esta manera de sentir se arraigó en sus entrañas como enraíza un roble en tierra oscura. Al descubrir los experimentos y disecciones que los hombres aplicaban a las demás criaturas, se avergonzó de pertenecer a la raza humana. Desde muy pequeño, hizo suyos los sufrimientos de los otros y al conocer la naturaleza de los filetes con patatas que recibía de almuerzo, su estómago se cerró y se negó a ingerir nunca más nada de carne. Árbol se había convertido en uno de *Los Blandos*, alimentado de caldo, el hazmerreír de los trastornados de su clase.

Al cumplir catorce años, Barba Gris asomó, por sólo un segundo, su poderoso torso a la altura de la Gran Nave y su imponente voz anunció a los cuatro vientos que seguía vivo. La hazaña de Barba Gris corrió como la pólvora

entre los habitantes de la descomunal Plataforma y los que habían promulgado el ahogamiento del viejo sabio tuvieron que tragarse sus palabras.

Árbol no dejaba de pensar en Barba Gris. Ahora entendía su mensaje mejor que nunca y sabía que lo que tenía esclavizada a esa sociedad era puro miedo. No podía consentir que los Maravillas formaran parte de ello. Probó toda suerte de razonamientos para convencer al abuelo de seguir los pasos del sabio Gris pero Campo siempre había sido un hombre de seco y nunca llegó a aprender a nadar, el simple hecho de especular con sumergirse bajo las aguas le anulaba el pensamiento.

–Hijo mío, ve tú. No pierdas la oportunidad de vivir libre. Yo no sé ni nadar, ¿cómo esperas que sobreviva en el océano? Ve tú, de verdad.

La opinión general era la de soterrar la verdad acerca de Barba Gris. Los jóvenes empezaban a plantearse la posibilidad de seguir al viejo sabio más allá de la superficie pero las Altas Esferas, no podían permitir semejante abandono de las instituciones establecidas.

Si los jóvenes emigraban a las profundidades ¿sobre qué hombros se asentaría este sistema de vida que tanto les había costado continuar sobre las Plataformas? Esta brillante organización social que mantendría activa a la raza humana hasta la llegada de la milagrosa Profecía. Se necesitaba de jóvenes y fuertes brazos para alzar las redes y descuartizar a *los bichos*, para ocuparse de la recolección y del comercio entre las naves. Jóvenes que tuviesen más hijos para prolongar esta forma de vida.

Así que lo más fácil fue manipular la información de manera que favoreciese sus planes y se transformó la historia del sabio Barba Gris en una más de las quimeras oceánicas.

Lo que fue:

*Barba Gris está vivo. Se ha asomado a la altura de la Gran Nave para confirmar la alternativa de una vida submarina*

Se convirtió en:

*Tened cuidado de entrar en el agua pues existen criaturas acuáticas que te arrastrarán hasta los fondos por siempre jamás.*

Sólo los testigos presenciales conocían la verdad acerca de lo sucedido e incluso ellos comenzaron a dudar de su memoria. Como en los viejos tiempos, al estilo de la más antigua censura, se prohibió hablar del tema en público.

Se decretó una verdad oficial, una máxima promulgada desde las Altas Esferas a seguir por el resto de los mortales:

*El fondo del mar es extremadamente peligroso y se desaconseja hasta nadar en la superficie.*

En secreto, las Altas Esferas debían actuar ¿Cómo había sobrevivido Barba Gris ahí abajo desde hacía tanto tiempo? ¿Y si existía algún recurso por explotar que se les estuviese escapando? Se decidió la puesta en marcha de un plan oculto de exploración de los fondos subacuáticos.

Afortunadamente, no todos obedecían las voces de las Altas Esferas. Todavía existía algún tipo de resistencia a las imposiciones. Los que

desconfiaban de las normas escritas y sin sentido dictadas por las Altas Esferas y obedecidas por la mayoría. Estos desarrollaron su propia tesis acerca del viejo Barba Gris. Una explicación que de año en año fue pasando de boca en boca.

Nació la fábula de un viejo de barba gris que vivía en el fondo del mar enamorado de una delfina blanca y que de su amor había nacido una raza poderosa y anfibia.

Árbol dejó de comer, de dormir y de andar durante semanas. Soñaba despierto con bajar al fondo y vivir alejado de los crueles humanos junto a Barba Gris y sus delfines. Los otros chicos se reían de él y lo llamaban *Blando*, le decían que el viejo había muerto ahogado, que lo que se había asomado a la superficie era un lobo marino de pelaje gris, extremadamente peligroso, que era un iluso, un soñador, que la gente como él tenía que tener mucho cuidado.

El tiempo pasó y cuando Árbol cumplió los veinte años, Campo murió de viejo. Agarrado de la mano de su nieto, como a los últimos retazos de la vida, pronunció sus últimas palabras.

–Hijo mío, me voy con tus padres. Ahora ya no hay más excusas. Reúne el valor que tienes almacenado y viaja al fondo del mar. Tú eres un Maravillas. Has nacido para vivir grandes cosas. El futuro te espera.

Árbol llevaba doce años pensando en Barba Gris y no estaba dispuesto a esperar ni un minuto más. Le enfadaba saber que la mayor parte de sus recuerdos lo enjaulaban en una plataforma de hormigón flotante. Rodeado de sádicos.

El único ser puro que conocía había muerto.

Él debía pasar a la acción.

Dejarse de tanta palabrería.

Una mañana húmeda y soleada cosechó todo el coraje que fluía por sus venas, le pidió fuerza a sus padres, a su abuelo y, llenando los pulmones con todo el aire que le cupo, él también se zambulló en el mar.